

blos educados en la escuela del fanatismo, surjan por doquier fanáticos de todos matices. «Quien siembra vientos recoge tempestades», expresa con pura e inflexible lógica un viejo refrán español.

Por eso se evidencia que a pesar y a través de los ejecutores materiales del hecho, sean quienes fueren, los autores reales del asesinato del general y senador Rafael Uribe Uribe han sido los frailes y los curas de todos los tiempos contumaces sembradores del fanatismo, invariables odiadores de todo el que no les presta acatamiento ilimitado y explícito.

Por eso, para el intelecto pensador que gusta de investigar hasta descubrir el punto inicial de las cosas, ciertos sucesos de la textura del crimen que nos ocupa son fenómenos inevitables, fatalmente elaborados, que ocurrieron porque tenían que ocurrir sin remedio; y que pueden repetirse, sobre todo, en naciones como Colombia y España, que se dejan dominar por el clericalismo, hasta el extremo de consentirle influir en la vida pública y apoderarse de la conciencia de las generaciones por medio de la educación y de la instrucción, convertidas en monopolio suyo.

Por eso en Inglaterra, el más liberal país del mundo, donde se goza de libertad para todas las ideas, no son ni serán posibles tamaños acaecimientos, lamentables pero matemáticos.

Por eso las libertades más diáfanas, de imprenta y de reunión y de asociación, han de ser el sustentáculo principal e ineludible de toda comunidad nacional, que quiera estar segura de vivir en paz, interiormente al menos.

Por eso es más sapiente y más humano evitar los males de la violencia, desarmando y atrofiando a ésta, al permitir ser de cierto libres a todos los pensamientos, que obstinarse con sistemática obsesión en curar citados males, fomentándolos con severas y vengativas leyes de represión y de excepción.

Por eso, al juzgar determinados actos sociales, si se anhela atinar en el juicio, hay necesidad de recurrir a la serena y razonadora calma del filósofo, mucho más que a los arrebatados y caliginosos lirismos del sentimentalista.

Por eso se descubre con espléndida luminosidad que la violencia está siendo, desde el inicio de la existencia del hombre, una maléfica pelota en incesante movimiento, que no cesará de dar vueltas y más vueltas por cima de las cabezas de los seres racionales, en tanto que un grupo de éstos, realizando un esfuerzo sublime de la voluntad omnipotente y dando ejemplo de grandeza y de sabiduría y de amor axiomáticos, no se decida a no devolver la mortífera pelota, aunque le haya sido arrojada por los grupos semejantes del frente, de la espalda y de los lados.

Por eso los pueblos que conservan aún la contraproducente y bárbara pena de muerte, no consiguen más que sostener el mal y

acrecerle, aunque otra cosa crean o aparenten creer.

Por eso el mundo andará desconcertado, mientras subsista en él un solo fanatismo.

Por eso los fanatismos de unos colores serán exacerbados, en lugar de ser amengüados y destruidos, cuando para combatirlos se haga empleo de los fanatismos de otros colores.

Por eso urge ya cambiar, no los colores de las armas, sino las armas mismas.

Por eso el más certero y liberal y juicioso modo de contrarrestar y vencer a los asesinos, es refrenar las ebulliciones de la pasión que nos arrastra al sistema del Talión, y tomar la firme resolución de no asesinarlos a ellos, digan los sectarios lo que digan y suceda lo que sucediere.

Y por eso los fanatismos, todos los fanatismos, no podrán ser exterminados más que a golpes de cultura y de tolerancia, flores distintas de una sola e indivisible simiente, que equivalen siempre a comprensión, disculpa, piedad, amor.

Colón, noviembre, 1914.

[ERNESTO NOBOA CAA-
MAÑO. *Romanza de las Ho-
ras*. Quito, MXMXXII].

La Biblioteca Nacional del Ecuador nos remite esta obra. Comunicativo en sus melancolías es el señor Noboa. La de sus versos se adueña de nuestro corazón como ciertas músicas. Sugestivo; a poco de leerlo, ya estamos sintiendo como él la ausencia de tantas cosas, el sentir de las horas que no vivimos, que pasaron junto a nosotros sin dejarnos el presente anhelado. Véanse algunas de las poesías del tomo.

PARA LA ANGUSTIA DE LAS HORAS

(A mi madre).

Para calmar las horas graves
del calvario del corazón
tengo tus tristes manos suaves
que se posan como dos aves
sobre la cruz de mi aficción.

Para aliviar las horas tristes
de mi callada soledad
me basta... saber que tú existes!
y me acompañas y me asistes
y me infundes serenidad.

Cuando el áspid del hastío me roe,
tengo unos libros que son en
las horas cruentas mirra, aloe,
de mi alma débil el sostén:
Heine, Samain, Laforgue, Poe,
y sobre todo, ¡mi Verlaine!

Y así mi vida se desliza
--sin objeto ni orientación--
doliente, callada, sumisa,
con una triste resignación,

entre un suspiro, una sonrisa,
alguna ternura imprecisa
y algún verdadero dolor...

LLUEVE...

Tarde glacial de lluvia y de monotubía.
Tú, tras de los cristales del florido balcón,
con la mirada náufraga en la gris lejanía
vas deshojando lentamente el corazón.

Ruedan mustios los pétalos. Tedio, melancolía,
desencanto... te dicen trémulos al caer,
y tu incierta mirada, como una ave sombría,
abate el vuelo sobre las ruinas del ayer.

Canta la lluvia armónica. Bajo la tarde
muere tu postrer sueño como una flor de
y, en tanto que a lo lejos preludia la oración
sagrada del crepúsculo la voz de una campana,
tú rezas la doliente letanía verleniana:
como llueve en las calles, llueve en mi corazón.

EMOCION DE UNA FLAUTA
EN LA NOCHE

Una flauta solloza en la dormida
soledad de la noche silenciosa,
una flauta perdida,
misteriosa
y doliente,
cuya voz aterida
viene como una blanca mariposa,
y se posa
en mi herida
dulcemente...

Vaga y desgarradora
melodía,
la que la flauta llora
en la noche sombría!

Ave ciega y oscura
del Sentimiento
que inspirastes el grito de ternura
que hasta mi corazón llega en el viento,
murmura
tus trémulas escalas
de secreta amargura
y pliega la fatiga de tus alas
sobre mi desventura.

Suene tu ritmo candencioso y flébil
en la noche serena;
mi alma es también como una flauta débil
que gusta del amparo de la noche
para hacer el derroche
de su pena...

La flauta melodiosa
sigue tañendo lánguida su queja,
y se aleja... se aleja...
en la noche dormida y silenciosa...